

Sobre el mar brilla el sol resplandeciente,
Y las olas amansa sonriente.
Esto, siendo de día es muy frecuente,
Pero a la medianoche es diferente.
La luna lo miraba con tristeza,
Y no podía entrarle en la cabeza
Que el sol viniera, ya pasado el día,
A hacerle semejante porquería.
Era muy húmeda aquella mar serena,
Y no podía estar más seca ya la arena.
Ni una nube en el cielo,
Ni del pájaro el vuelo,
Puede verse; por la razón sencilla,
De que no hay allí nube ni avecilla.
Del brazo de una morsa, placentero,
Por allí paseaba un carpintero.
Y de pronto causóles honda pena,
El contemplar tal cantidad de arena.
— ¡Qué grande cosa fuera
— Dijeron —, si esta arena se barriera!
¿Crees que siete criados,
Medio año ocupados,
Cada uno barriendo escoba en mano,
No dejarían esto sin un grano? —
Repuso el carpintero: — Yo lo dudo —,
Y evitar una lágrima no pudo.
— ¡Oh, ostras! ¡Venid y demos un paseo! —
La morsa suplicaba—. ¡Es mi deseo
Diveriros con mi palabra amena,
Yendo y viniendo por la blanda arena!
Pero que vengan cuatro solamente,
E iremos de la mano alegremente—.
La ostra vieja miróla con fijeza,
Moviendo con recelo la cabeza.



Como diciendo: «Esa bondad me escama.
¡Cualquier día abandono yo mi cama!»
Pero cuatro inocentes jovencitas,
Ansiosas de visitas,
Se elevaron, las caras bien lavadas,
Las chaquetas bien limpias y aseadas.
Los zapatos lustrados, relucientes.
¡Qué cosas que se ven tan sorprendentes!
¡Una ostra con zapatos y sin pies,
Es de lo más extraño, como ves!
Y otras cuatro salieron al momento,
Y cuatro más, bailando de contento.
Y otras, y otras, saltando a maravilla,
Vinieron desde el mar hacia la orilla.
Y morsa y carpintero, «piano piano»,
Llevando algunas ostras de la mano,
Por espacio de una hora caminaron,
Y luego en una roca se sentaron.